

CONSIDERACIONES SOBRE LA LENGUA UNIVERSAL LEIBNIZIANA

Introducción

En la época temprana del círculo de Viena, cuando todavía la línea ortodoxa y dogmatizante impuesta por Schlick constituía el núcleo fundamental de lo publicado en "Erkenntnis", el órgano de expresión del grupo, uno de los tópicos más frecuentemente utilizados para la auto-defensa y en la fundamentación de los ataques a la Metafísica, era el de la absoluta falta de interés por el lenguaje, patente a través de toda la historia de la Filosofía. A Wittgenstein y a los mismos filósofos del grupo correspondía exclusivamente el mérito de haber sido los primeros en atraer la atención de los filósofos sobre el lenguaje. En este sentido escribía el mismo Schlick, en el año 1936:

"La historia de toda la Filosofía habría tomado un curso completamente diverso si en las mentes de los más grandes pensadores hubiese anclado profundamente el hecho de que existe un lenguaje"¹.

Esta afirmación de Schlick es, en realidad, sólo un producto de la postura agresiva y arrogante del neopositivismo temprano, demasiado envarado todavía y falto de la flexibilidad que los mismos filósofos del Círculo alcanzarían posteriormente². La efectiva historia de Filosofía se deja interpretar de una manera bastante diferente: en la actualidad, tanto lingüistas con intereses filosóficos como filósofos cuyo interés se centra en el estudio del lenguaje reconocen unánimemente que, desde

¹ SCHLICK, M., *Gesammelte Aufsätze (1926-1936)*, Wien, 1938, pág. 179.

² La evolución de las interpretaciones neopositivistas de la historia de la Filosofía, especialmente en el tema del lenguaje, ha sido descrita por uno de los componentes del círculo: KRAFT, V., *Erkenntnistheorie*, Wien, 1960, Introducción.

Platón y a través de toda la historia del pensamiento, el lenguaje ha ocupado un puesto realmente relevante. Este hecho ha sido, sin embargo, o bien totalmente olvidado, o bien relegado a un segundo plano, hasta que la Filosofía Analítica y el Neopositivismo realizaron el “cambio de signo” que convirtió al lenguaje en el tema por excelencia de la Filosofía. En este sentido está justificada hasta cierto punto la afirmación de Schlick, que, en realidad, es una prueba entre muchas del hecho de que el desinterés kantiano por el lenguaje ha tenido consecuencias tan amplias y profundas como para hacer olvidar aspectos fundamentales de la historia de la Filosofía.

En la tendencia actual rehabilitadora de la tradición filosófica desde el punto de vista del lenguaje constituye Leibniz uno de los capítulos fundamentales, tanto para lingüistas como para filósofos, hasta el punto de que ya casi se ha convertido en un tópico no sólo el poner de relieve la importancia de la teoría de la Lengua Universal dentro del sistema leibniziano, sino también el ver en ella un precedente de las investigaciones actuales en el campo de la Semiótica, de la Lógica Matemática o incluso un primer esbozo de un sistema o cálculo formal, al estilo de los construidos por los teóricos de la ciencia³. La originalidad de la concepción leibniziana de una Lengua Universal y de su teoría de los signos está fuera de duda, y es aceptada casi unánimemente, aunque, como veremos posteriormente, incluso aquí se encuentran diferencias de puntos de vista. Ahora bien, el problema realmente candente es el de hasta qué punto el pensamiento leibniziano permite modernizaciones tan radicales como las que con él se han llevado a cabo, especialmente en el sentido de interpretar su “Característica” como un intento más o menos frustrado de construcción de un sistema o cálculo formal que, pese a su definitivo fracaso, llevaba ya en sí todos los gérmenes de lo que hoy, en una terminología todavía no suficientemente delimitada, podría caracterizarse como sistema sintáctico, lenguaje formal, “Kodifikat”, utilizando algunas de las denominaciones más usuales.

El objeto de nuestro trabajo será, pues, en primer lugar, sobre la base de un análisis lo más aséptico posible de los textos leibnizianos

³ Como ejemplos más representativos de cada una de las tres interpretaciones citaremos, respectivamente: KLAUS Georg, *Semiotik und Erkenntnistheorie*, Berlín (Ost), 1962; COUTURAT, Louis, *La Logique de Leibniz*, Hildesheim, 1969; SCHNELLE, Helmut, *Zeichensysteme zur wissenschaftlichen Darstellung*, Stuttgart, 1962.

más representativos, poner en claro en qué medida la concepción leibniziana está todavía anclada en la tradición, y hasta dónde alcanza su originalidad. En segundo lugar, y a partir de lo obtenido en la primera parte del trabajo, discutiremos la legitimidad de las interpretaciones que, aunque con diferencias de matiz, coinciden en lo fundamental: el ver en el proyecto leibniziano de una Lengua Universal como sistema de expresión de todo tipo de conocimientos y como instrumento auxiliar para la consecución de nuevo saber en las ciencias un primer intento de construcción de un sistema formal en el sentido actual del término.

Conviene, desde ahora, poner en claro la necesidad de una clara diferenciación entre el proyecto leibniziano de una Lengua Universal —que se quedó en proyecto— y los cálculos lógicos que Leibniz esbozó, con mayor o menor fortuna, en repetidas ocasiones. Leibniz desarrolló, paralela e independientemente, por una parte su teoría de la Lengua Universal y por otra los cálculos lógicos, que nada tenían que ver con las aspiraciones de universalidad de la “*Characteristica*”. Como veremos, radica precisamente aquí el punto clave de todas las excesivas modernizaciones de la Lengua Universal, que ven en los cálculos lógicos leibnizianos el “instrumento” necesario para la construcción del sistema universal de signos, es decir, un sistema puramente sintáctico aplicable a los signos constituidos en la *Characteristica*.

Una formulación que podría servir de estereotipo para estas interpretaciones la encontramos en una historia de la “*Filosofía como análisis logístico del lenguaje*”, escrita desde un punto de vista relativamente neutral:

“Der Gedanke, die Philosophie auf eine logische Analyse der Sprache zu basieren, leitet sich von Leibniz her. Dieser träumte von einer “*Characteristica Universalis*”, einer idealen Zeichensprache mit genauen Umformungs- und Definitionsregeln (“*calculus ratiocinator*” und “*ars combinatoria*”), mit deren Hilfe ein exaktes System der Grundlagen allen menschlichen Wissens (eine “*Mathesis Universalis*”), in dem sich alle philosophischen Probleme sollten lösen lassen, formuliert werden könnte. Doch war dies ein blosser Traum, denn das vorausgesetzte Instrument, die Logistik, war damals noch nicht entwickelt”⁴.

⁴ KUENG, Guido, *Ontologie und logistische Analyse der Sprache*, Wien, 1963, pág. 20.

Por último, una observación puramente metódica: en un sentido exclusivamente instrumental, y no normativo, utilizaremos la terminología de la moderna Semiótica en algunos puntos de nuestra descripción de la teoría leibniziana. Por ello, aunque en algunos pasajes pudiese parecer lo contrario, sigue en pie nuestra pretensión de adoptar un punto de vista lo más aséptico posible, evitando la parcialidad que necesariamente lleva consigo un análisis hecho desde las filas de la Semiótica o de la Lógica Matemática.

1. *Las etapas del desarrollo de la Lengua Universal leibniziana*

En los escritos leibnizianos cuyo tema es, de manera principal o secundaria, el proyecto de la Lengua Universal, existe una clara desproporción entre el número relativamente escaso de pruebas o "specimina" para la construcción del sistema y la abundancia de observaciones teóricas, sobre todo acerca de las funciones a cumplir por este sistema que ha de ser construido. Las pruebas o esbozos constructivos pertenecen casi todos a la época previa a la estancia de Leibniz en París, mientras que las observaciones teóricas pueden encontrarse incluso en los escritos de los últimos años en Hannover, todavía impregnadas de la invencible confianza, nunca perdida por Leibniz, en la efectiva realización de su gigantesco proyecto⁵.

La primera y más superficial de las funciones que Leibniz atribuye a su Lengua Universal es la de servir de medio de comunicación internacional, una especie de idioma auxiliar que simplificará las discusiones e intercambios de puntos de vista entre los sabios y eliminará las dificultades hasta entonces producidas por la variedad, irregularidad e inexactitud de las lenguas vulgares. Pero el auténtico propósito de Leibniz, que aparece cada vez con mayor claridad a medida que va madurando su concepción de la Lengua Universal, iba mucho más lejos:

⁵ Cfr. *Lettre à Remond del 10.1.1714*, por ejemplo (G. F. III, 605). Nuestro análisis irá fundamentalmente referido a los fragmentos sobre la "scientia generalis" y sobre la "Charasteristica" que Gerhardt ha recopilado en el volumen VII de los escritos filosóficos (págs. 3-267), así como al libro tercero de los Nuevos Ensayos, titulado "Les Mots", y los fragmentos referentes al lenguaje en la colección de inéditos publicada por COUTURAT (*O. P. I.*, cfr. la clasificación sistemática de los fragmentos en la pág. 669).

“Auch die praktisch bedeutsame Erleichterung des Völkerverkehrs, die früher den Hauptzweck der Arbeiten an einer Universalsprache und -schrift gebildet hatte, behielt Leibniz zwar mit in Auge und trug ausserordentlich viel bei zur Ausbildung einer international einheitlichen Fachsprache und -schrift... aber seine tiefsten Absichten waren doch rein theoretischer, nämlich logisch-erkenntniskritischer Art”⁶.

Las “intenciones más profundas” de Leibniz consistían en la creación de un sistema de signos que posibilitase la expresión clara y exacta de todos los conocimientos poseídos y de todo conocimiento futuro en general. Pero el proyecto leibniziano no se limita únicamente a la función representativa: este sistema de signos ha de servir también para la consecución de nuevas verdades y la apertura de nuevas perspectivas en el campo de la ciencia. Será el “filum meditandi”, el hilo de Ariadna que nos conducirá con seguridad a los conocimientos a través del laberinto del pensamiento.

La concepción de la Lengua Universal como un idioma auxiliar internacional engloba todos los esfuerzos leibnizianos por eliminar las irregularidades morfológicas y sintácticas de las lenguas vulgares, hasta la consecución de un mínimo de formas necesario y suficiente. Al intento de creación de un sistema de signos para expresión de los conocimientos corresponde la puesta en claro de las condiciones que ha de cumplir una expresión idiomática para ser exacta; este tema de las condiciones de exactitud de las expresiones o, como Leibniz también dice, de su “adecuación” al contenido expresable, constituye el auténtico punto central de toda su teoría general de los signos, la “Characteristica”. En el vocabulario leibniziano la palabra *Characteristica* va siempre ligada al intento de determinar los caracteres significativos o representativos de las expresiones idiomáticas, de los signos del lenguaje.

El tercero de los puntos de vista mencionados, la utilización de una lengua universal en el examen o prueba —concepto al que fácilmente se le puede encontrar un parentesco con el “proof” de los actuales sistemas formales— de frases o proposiciones con pretensiones de verdad, y como instrumento para la consecución de nuevos conocimientos, engloba las consideraciones leibnizianas sobre la asociabilidad y capacidad de

⁶ MAHNKE, Dietrich, *Leibniz als Begründer der symbolischen Mathematik*, en “*Isis*”, n. 29, vol. IX (1), 1927, pág. 283.

transformación de los signos concebidos según los principios de la *Characteristica* y la concepción de su Lengua Universal como un “cálculo de conceptos”; en resumen, su aplicación instrumental, tanto en el “ars iudicandi” como en el “ars inveniendi”.

Los tres diferentes puntos de vista desde los que hemos considerado la concepción leibniziana de la Lengua Universal constituyen las tres etapas de su desarrollo. Y esto en un doble sentido: en primer lugar históricamente, en cuanto que el centro de gravedad del interés leibniziano —aunque ya los tres aspectos se hallan presentes de una manera relativamente clara en el temprano escrito “De Arte Combinatoria”— pasa sucesivamente del uno al otro de los aspectos, en la dinámica misma del desarrollo del sistema. Pero, por otra parte, son también etapas o niveles sucesivos en un proceso de profundización relativamente evidente en la marcha de la teoría leibniziana: en el primero de los niveles se constituye la base “pragmática” del sistema, de la que derivarán sus caracteres más externos o superficiales, aunque la influencia de las ideas fundamentales de la etapa pragmática condicionará profundamente la posterior elaboración del proyecto, tal como repetidamente ha sido puesto de relieve, sobre todo en las interpretaciones procedentes del terreno de la Lingüística:

“Mit einem Gebiet der Sprache hat sich Leibniz eingehend befasst: mit der Bedeutung der Sprache für Leben und Wissenschaft, ihrer Verbesserung, Erfassung und Verbreitung. Hier verbinden sich praktische und wissenschaftliche Interessen zu einer idealen Synthese, die wertvolle Ergebnisse zeitigen konnte”⁷.

El segundo de los niveles constituyen el contenido de la *Characteristica* leibniziana; ahora bien, *Characteristica*, *Charactéristique*, *caractère universel* son expresiones que abarcan dos grupos diferentes de conceptos: por una parte, se refieren a la clase específica de correspondencia semántica que ha de existir entre los signos y lo significado, y por otra, al sistema constituido por esos mismos signos. Nos encontramos, pues, con una segunda etapa semántica, en la que se fijan las propiedades de los signos y su relación con lo significado y, continuando con la utilización del léxico de la Semiótica, una tercera etapa sintáctica, en la que

⁷ KORNINGER, Siegfried, G. W. *Leibnizens Sprachauffassung*, en “Die Sprache, Zeitschrift für Sprachwissenschaft”, Band IV, 1958, Wien, pág. 4.

se muestran las posibilidades de combinación y asociación de los signos entre sí, de los signos que ya han sido semánticamente caracterizados, y se establecen las leyes y teoremas que regirán la construcción del sistema.

A continuación, y siguiendo el curso de los escritos leibnizianos que hemos elegido como más significativos, examinaremos por separado cada uno de los aspectos mencionados. Como veremos, constituye la Semántica el tema central de la teoría leibniziana, y las ideas fundamentales de la Semántica condicionan todo el resto del sistema, sobre todo los principios constructivos que forman el núcleo de lo que, prescindiendo de un absoluto rigor terminológico, hemos denominado Sintaxis de la Lengua Universal leibniziana.

2. Aspecto pragmático

Una lengua universal como instrumento de comunicación y entendimiento supone para Leibniz la realización de dos condiciones imprescindibles: fácil aprendizaje e inmediata comprensibilidad. Incluso en las cartas y escritos de los últimos años, cuando la Lengua Universal ya no era concebida como un idioma internacional, de caracteres fundamentalmente conversacionales, sino como una lengua científica, cuya función sería expresar únicamente las verdades necesarias, incluso entonces está presente la exigencia de un fácil aprendizaje y una claridad tal que posibilite una comprensión inmediata. A partir de estas condiciones se orienta la crítica leibnizina y sus propuestas y proyectos para renovación y mejora de las lenguas vulgares.

En realidad, en sus proyectos más antiguos de una lengua universal para el "commerce international", Leibniz no tiene la intención de tomar como punto de partida las lenguas habladas, sino que intenta la creación de un idioma totalmente nuevo, "une écriture rationnelle"⁸, que sería al mismo tiempo un cálculo, una especie de "álgebra del pensamiento"⁹,

⁸ Cfr. *Lettre à Oldenburg*, G. F., VII, 11-15. El aspecto pragmático de la lengua leibniziana ha sido estudiado magistralmente —aunque, naturalmente, no utiliza la misma terminología— por COUTURAT, Louis, *La Logique de Leibniz*, cit., chapitre III.

⁹ "Ars characteristic sive lingua rationalis, quae mirifice in compendium con-

de un aprendizaje y retención extremadamente fáciles, puesto que a su base se encuentra el principio lógico del análisis completo de los conceptos y su reducción a términos simples¹⁰. Bastará representar cada término simple por un signo lo más apropiado posible, para llegar a la posesión de un alfabeto ideográfico, compuesto de tantos signos como conceptos elementales hay. Cada concepto complejo o derivado será representado por la combinación de signos que representan a sus elementos simples. Dado que el número de conceptos simples es relativamente limitado, será suficiente saber de memoria este alfabeto ideográfico para poder leer y comprender a primera vista cualquier texto escrito mediante este procedimiento.

Pero pronto se da cuenta Leibniz de que la tarea era mucho menos simple de lo que en principio había creído y, en lugar de pretender crear a priori una lengua absolutamente convencional, adopta de ahora en adelante un método a posteriori, menos arbitrario y mucho más modesto. El procedimiento a seguir será el de analizar lógicamente las lenguas habladas con objeto de elaborar, a partir de ellas, una "gramática racional"¹¹ que supone su simplificación y regularización. La multiplicidad de las flexiones en estas lenguas habladas choca con la exigencia fundamental del fácil aprendizaje, así como con las irregularidades en la formación de los plurales y en la conjugación de los verbos¹². A la claridad, que debe posibilitar una inmediata comprensión de la lengua, se opone, sobre todo, la ambigüedad de las expresiones idiomáticas. Tanto a una como a otra condición contradice el hecho de que el vocabulario de las lenguas naturales está excesivamente recargado, debido al constante uso de sinónimos y a la demasiado frecuente formación de palabras "artificiales"¹³:

trahit operationes mentis, et sola praestare potest in Physicis, quod Algebra in Mathematicis". *Methodus physica. Characteristica*, G. F., V, 6.

¹⁰ "...et mon opinion est que les caractères véritablement réels et philosophiques doivent répondre a l'Analyse des pensées". *Lettre à Burnett*, G. F., III, 216.

¹¹ Cfr. *De Grammatica Rationa'i*, G. F., VII, 7 ss.

¹² Cfr. *COUTURAT, O. P. I.*, págs. 280-283.

¹³ Cfr. *Unvorgreifliche Gedanken betreffend die Ausübung und Verbesserung der deutschen Sprache*, publicado por W. Schmied-Kowarzik (G. W. Leibniz, *Deutsche Schriften*, vol. I, págs. 28 ss.).

“On reduira de même les anomalies (irregularités de grammaire et de syntaxe) aux formes normales, et l'on constituera ainsi une grammaire rationnelle, absolument régulière et sans exceptions”¹⁴.

Ahora bien, como la institución de la gramática racional debe necesariamente preceder a la de la Lengua Universal, Leibniz necesita un idioma auxiliar que represente provisoriamente a la Lengua Universal y sirva de intermediario entre las lenguas habladas y la futura lengua racional. El Latín es, para Leibniz, el instrumento más adecuado, por tratarse de la lengua culta común a todos los sabios; por otra parte, es “idioma más apropiado para las ciencias y la filosofía”¹⁵.

Leibniz proyecta, en primer lugar, la constitución de una gramática latina universal, que poseerá todos los recursos y las ventajas de las otras lenguas, principalmente los géneros y los casos de los sustantivos y los modos y tiempos de los verbos, y, en general, todas las distinciones y matices que cualquier lengua pueda expresar¹⁶. Pero, por otra parte, esta gramática “filosófica” será librada de todas las irregularidades y excepciones que constituyen los máximos inconvenientes de las lenguas habladas, de manera que será una lengua más rica y, al mismo tiempo, más simple que cualquiera de ellas. Cada una de las gramáticas concretas, incluida la latina, no será más que una parte de la gramática filosófica, al menos en la medida de su regularidad.

Como ya hemos mencionado, esta gramática universal será aplicada provisoriamente al Latín con objeto de constituir una gramática latina completamente regular; al Latín también habrá de ser aplicado el método del análisis lógico y la reducción. El primer paso de esta simplificación es el de traducir o transformar todas las locuciones complejas, las expresiones indirectas, para reducirlas a términos simples y directos, y el de simplificar el vocabulario suprimiendo todas las palabras de sentido complicado o confuso¹⁷. Por otra parte, Leibniz considera como superflua la pluralidad de declinaciones y conjugaciones, incluso suponiendo que hayan sido reducidas a tipos regulares. Por ello, en la lengua racional no habrá más que una sola declinación y una sola conjugación,

¹⁴ COUTURAT, L., *La Logique de Leibniz*, cit., pág. 66.

¹⁵ Cfr. *De Analysi Linguarum*, G. F., VII, 9.

¹⁶ Se trata, pues, del mismo plan de una gramática comparada que el mencionado en los Nuevos Ensayos, III, IX, 9.

¹⁷ Cfr. *Lingua Rationalis*, G. F., VII, 28.

la una y la otra completamente uniformes. Estas supresiones favorecerán la facilidad del aprendizaje, dado que la principal dificultad de las lenguas actuales consiste en la diversidad de los géneros, de las declinaciones y las conjugaciones¹⁸.

Para que la lengua racional sea, por otra parte, inmediatamente comprensible es absolutamente necesario instituir un vocabulario, al que han de aplicarse las reglas de la gramática racional. Aquí radica fundamentalmente la unión del aspecto pragmático con los dos niveles superiores de la Lengua Universal. Un párrafo de Couturat, en la conclusión de su estudio sobre el proyecto Leibniziano, proporciona una clara visión de la mutua influencia existente entre los distintos niveles de la concepción de Leibniz:

“De même que l’analyse des particules et des flexions, au moyen des périphrases, fait découvrir les relations logiques primitives, de même l’analyse des concepts, au moyen de la définition des mots, les décomposera en notions simples; comme la première est la base indispensable de la grammaire et de la syntaxe, la seconde servira de fondement logique au vocabulaire de la langue philosophique. En effect, il ne s’agit pas, comme dans les essais des prédeceseurs de Leibniz, d’assigner a chaque mot un substitut conventionnel et arbitraire, mais de trouver pour chaque idée une expression naturelle, qui traduise sa composition logique, et qui constitue pour ainsi dire sa formule. C’est a quoi l’on arrive par la definition; car definir una idée c’est la décomposer en idées plus simples, et finalement, si l’on continue la décomposition en substituant toujours la definition au défini, en idées absolument simples et irréductibles. Cela fait, on composera le “caractère” de chaque idée avec les caractères qui designent tous ses éléments”¹⁹. Posteriormente tendremos ocasión de ocuparnos más detenidamente de algunas de estas ideas fundamentales, que constituyen la columna vertebral de toda la concepción leibniziana, desde la pragmática hasta la sintaxis “filosófica”.

Hasta aquí, pues, hemos tratado lo que llamábamos al principio el “nivel pragmático” de la teoría de la Lengua Universal. Antes de continuar nuestro análisis creemos conveniente hacer algunas observaciones sobre la terminología utilizada, en evitación de un malentendido que

¹⁸ “Sane manifestum est, difficillimam grammaticae partem esse discere generum declinationumque et conjugationum differentias”, G. F., VII, 25.

¹⁹ COUTURAT, L., *La Logique de Leibniz*, cit., pág. 76.

fácilmente podría surgir en el estudio de la semántica y de la sintaxis. En efecto, hemos utilizado la denominación “pragmática” en cierto modo equívocamente, puesto que, bajo este apéndice, han sido analizadas cuestiones que en el rigor de la terminología semiótica pertenecen a un ámbito diferente:

“Wenn eine semiotische Untersuchung alle drei Faktoren berücksichtigt: Sprecher, Ausdruck und Bedeutung (bzw. Designatum), so gehört sie zur Pragmatik”²⁰. En consecuencia, el aspecto pragmático de la teoría leibniziana está constituido exclusivamente por la idea básica de una lengua internacional para facilitar la comunicación entre los sabios. Es claro que aquí son considerados tanto el “hablante” como la expresión y significación. Pero los trabajos leibnizianos en el campo de la gramática racional, los intentos de regularización y simplificación de las lenguas vulgares, pertenecen ya al terreno de la Semántica, por lo que a la teoría de las significaciones se refiere, y a la sintaxis en todo lo relativo a la eliminación de las irregularidades morfológicas y sintácticas. Ahora bien, se trata de una semántica y una sintaxis empíricas o, lo que es lo mismo, lingüísticas, en contraste con el carácter “puro” o racional, no-empírico, de una teoría general de los signos tal como la “Característica”. Por su parte, la pragmática es también necesariamente empírica, puesto que la consideración de las particularidades del hablante sólo es posible sobre la base de constataciones empíricas²¹. Por ello, teniendo en cuenta la estrecha unión que presentan la lingüística leibniziana, empírica, por una parte, y su idea “pragmática” de una lengua universal para el “commerce” internacional, hemos creído justificado el tratamiento conjunto de ambos temas sobre la base común del carácter empírico.

Consecuentemente, abandonamos ahora, pues, no sólo el punto de vista que incluye la consideración de los sujetos “hablantes”, sino también el terreno más o menos lingüístico en el que hasta ahora nos hemos movido. La lengua a considerar a continuación perderá por completo el carácter “conversacional” que, en el nivel pragmático, no deja de estar presente ni siquiera en los proyectos menos empíricos, los de crear totalmente a priori una lengua-numeración que, pese a lo que pudiera

²⁰ STEGMUELLER, Wolfgang, *Hautströmungen der Gegenwartsphilosophie*, Stuttgart, 1965, pág. 414.

²¹ *Ibid.*, págs. 414-415.

parecer, está pensada para ser hablada. Leibniz está incluso convencido de que con el instrumento de esta lengua-cálculo podrían escribirse “des poèmes et des chants très beaux”²².

La lengua que constituirá el objeto de nuestro estudio a continuación es, por el contrario, el pretendido sistema de signos capaz de representar todo tipo de conocimientos adquiridos o por adquirir, y de encontrar nuevos caminos y perspectivas en las ciencias. En este sentido, el que esa lengua utilice expresiones idiomáticas, conversacionales, o no, será una cuestión de poca importancia. El interés leibniziano, como ya hemos visto más arriba, se centra sucesivamente en los distintos aspectos de la Lengua Universal a medida que su concepción se desarrolla tanto histórica como sistemáticamente.

3. Aspectos semánticos

Para la exposición de la teoría leibniziana sobre la relación semántica de los signos con los “designata” utilizaremos fundamentalmente el fragmento número XV del grupo, que, bajo el título “Initia et specimina scientiae generalis”, coleccionó Gerhardt en el volumen VII de los escritos filosóficos. Para la exposición de la teoría de las ideas nos hemos valido del texto, considerado generalmente como clásico, del libro segundo de los *Nuevos Ensayos*.

El punto de partida leibniziano es en este fragmento, como en muchos pasajes de su obra²³, una observación general sobre la necesidad de los signos para el pensamiento humano: “Omnis humana ratiocinatio signis quibusdam sive characteribus perficitur”²⁴. El pensamiento humano —“ratiocinatio” es un término bastante equívoco y no frecuentemente usado por Leibniz en este sentido tan general— es, pues, un pensar simbólico cuya realización necesita de los signos o caracteres. Tenemos, pues, ya un punto de partida para dar el paso con el que dejamos atrás el puro nivel pragmático de la teoría leibniziana: los signos pertenecen esencialmente al pensar humano, de ningún modo se trata únicamente

²² Cfr. *Lingua Universalis*, G. F., VII, 4.

²³ Por ejemplo, uno de los pasajes más conocidos de los *Nuevos Ensayos*, I, 1, 5.

²⁴ G. F., VII, 204, 1 ss.

de posteriores convenciones establecidas con el objeto de lograr un mejor entendimiento entre los hombres, sabios o no. Muy lejos de ello, los signos están esencialmente ligados al pensamiento y ejercen una importante función en la captación de sus objetos.

Hecha esta constatación, aparece inmediatamente la primera dificultad: si el pensar humano es, pues, un pensar de signos, ¿cómo han de ser considerados estos mismos signos? ¿Qué tipo de relación les une con las cosas, a las que el pensar humano está necesariamente referido? ¿Son ellos mismos cosas-objeto de pensamiento? La inmediata respuesta leibniziana es que el pensamiento no es capaz de tener constantemente ante sí y con claridad las cosas que piensa, por lo cual necesita, por razones de abreviación, usar de los signos en el lugar de las cosas. La utilización de los signos es caracterizada, pues, desde este primer momento, como una *representación* de las cosas. En las condiciones que determinan el carácter de esta representación han de estar contenidos, por otra parte, los principios del desenvolvimiento interno y esencial de los signos. La búsqueda de esas condiciones determinativas de la representación es el objeto de nuestro análisis a continuación; con ello alcanzaremos un doble objetivo: en primer lugar, la clarificación del tipo de relación semántica existente entre signos y “designata”; en segundo lugar, la obtención de los principios que rigen la constitución de los signos y, consecuentemente, la puesta a punto de lo que la Semiótica llama una “Zeichentabelle”.

En el proceso de la “ratiocinatio” menciona Leibniz dos niveles previos a los signos y que han de ser representados por los signos: se trata, en primer lugar, de las cosas mismas (*res ipsae*) y, por otra parte, de las ideas de las cosas, “que no pueden, ni necesitan, ser consideradas constantemente por el espíritu”²⁵. Así, pues, el primer paso para la puesta en claro del carácter representativo de los signos será la previa determinación de la relación existente entre las ideas y las cosas mismas, los dos niveles que deben ser representados por los signos.

La denominación “idea” en el vocabulario filosófico precedente a Kant era utilizada, en general acuerdo, con la significación amplia de un algo pensado, de un contenido de pensamiento; es decir, significando

²⁵ “Non tantum enim res ipsae, sed et rerum ideae semper animo distincte observari neque possunt neque debent, et itaque compendii causa signa pro ipsis adhibentur”, G. F., VII, 204, 2 ss.

también lo que Kant más tarde fijó terminológicamente como “Vorstellung”. En este sentido, Leibniz toma como punto de partida de su discusión con Locke sobre el tema de las ideas el principio aceptado por ambas partes: “La idea es el objeto del pensamiento”²⁶. Nuestra pregunta, pues, se refiere desde ahora concretamente a la relación existente entre los objetos del pensamiento en general y las cosas mismas. Leibniz da una detallada respuesta inmediatamente después de haber introducido la definición que sirve como punto de partida tanto a empiristas como a racionalistas: “(la idea) est un objet immédiat interne, et cet objet est une expression de la nature ou des qualités des choses”²⁷.

En esta fórmula están contenidas cuatro determinaciones básicas del ser de las ideas que, al mismo tiempo, se refieren a lo que Leibniz entiende por “*res ipsae*”. Analizaremos cada una de ellas por separado.

a) *La idea es objeto de pensamiento.* — Ideas como objetos de pensamiento constituyen, para Leibniz, la noción contraria de las ideas consideradas como formas de pensamiento; formas de pensamiento lo son cuando a los conceptos generales, tal como nos los encontramos en el pensamiento y *como* pensamiento, es atribuida una región propia de ser fuera del pensamiento, en la que estos universales deben poseer su propia realidad. Los pensamientos concretos, por su parte, se constituyen, en esta concepción contraria a la leibniziana, a partir de la realidad de lo general por medio de la limitación de la generalidad; su forma es, pues, la *diferenciación*; formas o diferencias nombra Leibniz a las interpretaciones del ser de la idea opuesta a la suya. Ahora bien, si las ideas fuesen esas formas o diferencias, sólo las tendríamos en el espíritu mientras las pensamos; la idea aparecería y desaparecería juntamente con los pensamientos actuales a ella “referidos”²⁸. Leibniz, pues, al oponer a estas formas las ideas como objetos de pensamiento, traslada la realidad de las cosas desde los universales, independientes y consistentes en sí mismos, al propio pensamiento humano. Con ello da el paso

²⁶ *Nuevos Ensayos*, II, I, 1.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ “Pour bien concevoir ce que c'est que l'idée, il faut prévenir une equivocation, car plusieurs prennent l'idée pour la forme ou différence de nos pensées, et de cette manière nous n'avons l'idée dans l'esprit qu'en tant que nous y pensons, et toutes les fois que nous y pensons de nouveau, nous avons d'autres idées de la même chose, quoiqu'il semblerait aux précédentes”, G. F., VII, 451.

fundamental y decisivo hacia una teoría moderna de la representación, contra la tradición que, a partir de las ideas eternas del creador, elaboraba un pensamiento simbólico-racional. En el pensar, y en su caracterización como pensamiento, encuentran las ideas su propio y específico ser y como tales pueden preceder o sobrepasar en la duración a los pensamientos actuales²⁹. El pensar, pues, tiene su propio horizonte que él mismo determina y a partir del cual “extrae”, por así decirlo, los pensamientos actuales como sus objetos propios.

Ahora bien, en este abandono a sí mismo del pensamiento surge inmediatamente la dificultad opuesta: ¿Cómo es posible que este pensamiento vaya más allá de sí mismo, cómo puede adquirir contacto con todo lo demás que existe fuera de él? La comunicación con otros seres y con las cosas, cuyas impresiones no podemos negar, demuestran, por otra parte, que este ir-más-allá, este sobrepasarse del pensamiento deben ser posibles. Es aquí, pues, cuando la pregunta opuesta a la que en principio hemos planteado encuentra su pleno sentido: ¿Cuál es la relación de este pensamiento aislado, consistente en sí mismo, con las cosas que, como mundo externo, le rodean? La respuesta la proporciona la nueva caracterización que Leibniz hace del ser de las ideas.

b) *La idea es objeto inmediato de pensamiento.* — Leibniz ha eliminado, contra el realismo, el ser independiente propio de las ideas, y las ha trasladado al pensamiento como tal. La nueva caracterización del ser de las ideas delimita su posición también en contra de las opiniones modernas de los empiristas basadas en el nominalismo. Locke opinaba que todas nuestras ideas son sólo impresiones de las cosas externas en nuestra alma, que es, por naturaleza, una “tabula rasa”. En contra de ello, para Leibniz las ideas no son mediatas, es decir, no son transmitidas por algo que existe fuera de ellas; no se trata de que primero se encuentre un objeto en el mundo exterior, cuya imagen recibe luego el espíritu como idea, tal como expresa la comparación de la “tabula rasa”, sino que el pensamiento posee desde el comienzo su propio contenido, posee sus objetos inmediatamente a partir de sí mismo. De este modo, frente a Locke, se convierte en problemática la pregunta sobre el

²⁹ “Mais il semble que d'autres prennent l'idée pour un objet immédiat de la pensée ou pour quelque forme permanente qui demeure lorsque nous ne la contemplons point”, *ibid.*

ser de las cosas experimentadas por los sentidos como externas. Leibniz contesta invirtiendo la relación entre cosa sensible e idea con respecto a la teoría lockiana: “Les objets externes sensibles ne sont que médiats, parce qu’ils ne sauroient agir immédiatement sur l’âme”³⁰, frente a lo cual las ideas, por su parte, son inmediatas. En la fundamentación de esta inversión de términos, comienza Leibniz por referirse a la simple capacidad humana de representarse un objeto, a la que de manera tradicional llama alma: “Et en effect nôtre âme a toujours en elle la qualité de se représenter quelque nature ou forme que ce soit, quand l’occasion se présente d’y penser”³¹. La cualidad de nuestra alma es, pues, para Leibniz, el representarse el ser. Los objetos particulares de pensamiento son, por otra parte, como modos del comportamiento del alma, formas de su originaria unidad, que se constituyen a partir del contenido general. Y precisamente al re-presentarse del alma en estas formas llama Leibniz ideas³². La idea de una cosa es, pues, la cualidad del pensamiento de representarse a partir de sí mismo algo particular.

Con ello queda rechazada la opinión de que la idea sea una imagen en nosotros de una cosa fuera de nosotros. Por el contrario, la idea es para Leibniz el ser de una cosa que, como modo de nuestra representación, está en nosotros. El principio “Nihil est in intellectu...” se contrae y reduce hasta la única excepción admitida por Leibniz: “nisi intellectus ipse”, el intelecto se representa, pues, a sí mismo.

Debido a su carácter inmediato, la idea no es algo distinto del ser pensado en el entendimiento, sino que es este ser mismo. Y es todavía más que este mismo ser en el sentido de su simple “Vorhanden-sein”; la idea es este mismo ser en el sentido de que “podemos representárnosla siempre que se presente la ocasión para ello”³³. La idea es, al mismo tiempo, “la materia, a partir de la que se forma el pensamiento”, y el campo de acción desde el que el pensamiento alcanza el ser.

El pensamiento, pues, posee una espontaneidad inmediata en la producción de las ideas: “Car naturellement rien ne nous entre dans l’esprit

³⁰ *Nuevos Ensayos*, II, I, 1.

³¹ G. F., VII, 451.

³² “Et je croy que cette qualité de nostre âme, en tant qu’elle exprime quelque nature, forme ou essence, est proprement l’idée de la chose, qui est en nous, et qui est toujours en nous, soit que nous y pensions ou non”, *ibid.*

³³ *Ibid.*

par dehors, et c'est une mauvaise habitude que nous avons de penser comme si nostre âme recevroit quelques espèces messagères et comme si elle avoit des portes et des fenêtrés"³⁴. La experiencia sensible es degradada y convertida en un mero conocimiento mediatizado por medio del cual, únicamente, concentramos nuestra atención sobre las ideas que ya poseemos y que quizá, de este modo, podrán ser concebidas con mayor claridad³⁵. Leibniz adopta una postura media que, en este nivel de la teoría de las ideas, todavía no proporciona ninguna solución para el problema de la relación del pensamiento con el mundo exterior; por el contrario, la cuestión se nos presenta ahora mucho más difícil. Leibniz se ve obligado a precisar todavía más su teoría de las ideas.

c) *La idea es objeto inmediato interno de pensamiento.* — Ya hemos visto que la inmediatez de las ideas se funda en su inmanencia en el pensamiento mismo. Objetos inmediatos de pensamiento son, pues, al mismo tiempo, objetos internos de pensamiento, y la nueva determinación del ser de las ideas no parece aportar nada nuevo, sino únicamente acentuar lo ya dicho. Sin embargo, es esta nueva caracterización la que nos explica la posibilidad de este pensamiento totalmente inmanente en confrontación con la innegable comunicación que existe entre los seres, orientados todos al mismo mundo.

Esta posibilidad surge con un paso atrás, una vuelta a la tradición del pensamiento leibniziano: Dios es el único objeto inmediato externo del pensamiento, y sólo refiriéndose a él logrará el pensamiento la síntesis de inmanencia y trascendencia, necesaria para explicar el conocimiento; la próxima etapa será, pues, la consideración de ese pensamiento con respecto a su causa, deduciendo de la causa las condiciones del pensamiento.

“Dans la rigueur de la verité métaphysique, il n'y a point de cause externe qui agisse sur nous, excepté Dieu seul, et luy seul se communique à nous immédiatement en vertu de nostre dépendence continuelle. D'ou il s'ensuit qu'il n'y a point d'autre object externe qui touche nostre âme et qui excite immédiatement nostre perception. Aussi n'avons dans nostre âme les idées de toutes les choses qu'en vertu de l'action conti-

³⁴ G. F., IV, 451.

³⁵ Cfr. *Nuevos Ensayos*, II, I, 2.

nuelle de Dieu sur nous, c'est à dire parce que tout effect exprime sa cause, et qu'ainsi l'essence de nostre âme est une certaine expression ou imitation ou l'image de l'essence, pensée et volonté divine et de toutes les idées qui y sont comprises" ³⁶.

Por medio de esta participación en Dios y en su pensamiento, que crea las cosas al mismo tiempo que las piensa, el alma participa también de la creación misma. Las ideas que el alma se representa, y que se fundan en el pensamiento divino, están en correspondencia con las cosas, es decir, con los objetos surgidos del entendimiento divino. Ya tenemos, pues, la solución al problema planteado, y precisamente por medio de esta referencia a Dios, el "conservador constante del mundo"; una referencia que, en la elaboración de la nueva problemática, muestra claramente el carácter absolutamente básico de las concepciones metafísicas de Leibniz. Sobre ello tendremos ocasión de tratar más detenidamente en nuestro estudio de la sintaxis leibniziana.

d) *La idea es expresión de la naturaleza y de las cualidades de las cosas.* — La relación de dependencia de las ideas con respecto al entendimiento divino ha sido descrita por Leibniz, en el último de los fragmentos que hemos citado, como la del efecto que expresa su causa; el alma es una expresión, imitación o imagen del entendimiento divino; pero no son las ideas divinas las que posibilitan nuestro pensamiento, como opinaba Spinoza; por el contrario, nuestras ideas son, aunque causadas por Dios, seres independientes. La relación que hay entre ellas por una parte, y las ideas divinas y las cosas por otra, es la de la ya citada expresión o imitación. Las ideas son "provocadas" por Dios y proporcionan, de una manera imperfecta, una imagen de la perfección del Universo divino. "On peut dire que Dieu seul est nostre object immédiat hors de nous, et que nous voyons toutes les choses par luy; par exemple, lorsque nous voyons le soleil et les astres, c'est Dieu qui nous en a donné et qui nous conserve les idées, et qui nous determine à y penser effectivement, par son concours ordinaire, dans le temps que nos sens sont disposés d'une certaine manière, suivant les lois qu'il a établies" ³⁷. Por medio de las ideas que Dios ha dado a nuestra alma

³⁶ G. F., IV, 453.

³⁷ *Ibid.*

participamos, como todos los demás seres, de la creación y conservación divinas en la medida en que Dios ha constituido el horizonte de cada uno de ellos. Imagen y expresión del universo divino es nuestra alma, imagen y expresión de las cosas mismas son las ideas que, además, determinan la amplitud del "horizonte de ser" de cada uno de los seres, que es precisamente aquello por lo que se diferencian las almas entre sí; y no existen dos almas que sean iguales, aunque todas sean expresión del mismo universo divino y aunque el principio de que las ideas corresponden a las cosas mismas sea válido para todos los seres del mundo.

"...l'âme est un petit monde, où les idées distinctes sont une représentation de Dieu et où les confuses sont une représentation de l'univers"³⁸. En el concepto de la representación está, pues, contenida la plena caracterización no sólo de la relación de las ideas con las cosas, sino también de las ideas con su fundamento o causa: en el "representarse" las ideas se realiza en el alma la representación tanto de las cosas mismas como de la Causa originaria; las ideas claramente concebidas son una imagen de la constitución esencial creadora de las cosas, las confusas son la imagen de la multiplicidad del universo, emanada de la constitución creadora.

La vieja concepción de la creación como imagen del creador en el Hijo, en el "Logos" aparece, pues, en Leibniz, a la base de la consideración de la nueva problemática de la naturaleza del conocimiento y de sus métodos.

* * *

Hemos visto que la relación existente entre las ideas, objetos del entendimiento finito, y las cosas, es decir, los objetos procedentes del ilimitado entendimiento divino, se reduce a un tipo específico de representación. La próxima pregunta que debemos plantearnos es, pues, cómo se comportan estas dos clases distintas de objetos con respecto a los signos, por medio de los que se realiza todo pensar humano y, en consecuencia, también el representarse las ideas.

³⁸ *Nuevos Ensayos*, II, I, 1.

El alma es expresión de la totalidad del universo divino, un pequeño mundo que refleja el grande desde su particular punto de vista. Por ello, “cuando se trata de la exactitud de las verdades metafísicas, es importante reconocer la independencia de nuestra alma, que representa a Dios y al mundo”³⁹; en rigor, pues, no necesitamos ni órganos ni signos para la captación del mundo, “car l’âme est un petit monde, où les idées distinctes sont une representation de Dieu et où les confuses sont une representation de l’univers”⁴⁰.

Pero el entendimiento posee su mundo no intuitiva, sino discursivamente y, en consecuencia, esa representación de Dios y del universo se encuentra en él sólo de una manera virtual; para actualizarla necesita de una especial atención: “nostre âme sait tout cela virtuellement, et n’a besoin que d’animadversion pour connoistre les vérités”⁴¹. Ahora bien, presupuesta la unión cuerpo-alma, la única posibilidad de concentrar su atención en los objetos del alma la proporcionan los datos sensoriales: “Dans ce même sens on peut dire que nous recevons de dehors des connaissances par le ministère des sens, parce que quelques choses exterieures contiennent ou experiment plus particulièrement les raisons que déterminen nostre âme à certaines pensées”⁴². “Car c’est par une admirable Oeconomie de la Nature, que nous ne saurions avoir des pensées, qui n’ayent point besoin de quelque chose de sensible quand ce ne seroit que de caractères tels que sont les figures des lettres et les sons; quoyqu’il n’y ait aucune connexion necessaire entre tels caractères arbitraires et telles pensées. Et si les traces sensibles n’estoient point requises, l’harmonie préetablie entre l’âme et le corps... n’auroit point lieu. Mais cela n’empêche point que l’esprit ne prenne les verités nécessaires de chez soy”⁴³.

Pero, y volviendo a nuestro fragmento sobre la teoría de los signos, nos encontramos con una detallada fundamentación de la necesidad de los signos para esta “substitución” de las ideas. Leibniz da tres ejemplos concretos:

³⁹ *Discours de métaphysique*, Par. 27. G. F., IV, 452.

⁴⁰ *Nuevos Ensayos*, II, I, 1.

⁴¹ *Discours de métaphysique*, 26. G. F., IV, 451.

⁴² *Ibid.*, 27, G. F., IV, 452.

⁴³ *Nuevos Ensayos*, I, I, 5.

- 1.º El primero de los ejemplos procede de la Geometría; si en un proceso demostrativo, en el que se utilicen, por ejemplo, una hipérbola, una espiral, o incluso un cuadrado, hubiera que tener presente de manera constante sus definiciones, o su deducción lógica, sería muy difícil llegar a hacer nuevos descubrimientos.
- 2.º En la Aritmética, si hubiese que considerar en todo momento todos los valores de los signos y cifras utilizados, sería imposible hacer grandes cálculos; las operaciones serían tan difíciles como si se utilizasen guijarros o cualquier otro tipo de objetos materiales para representar cada uno de los elementos que las cifras incluyen.
- 3.º También en la ciencia del Derecho es imposible tener constantemente presentes en el espíritu todas las condiciones que determinan la aplicación, las excepciones, las ventajas y desventajas de una determinada ley o principio jurídico⁴⁴.

El pensar no puede tener constantemente ante sí la estructura de las cosas, tal como es representada por las ideas en un entendimiento finito; por ello, conviene que la idea misma sea a su vez sustituida por un signo o un nombre, que es atribuido al contenido en cuestión. De este modo se repite en el dominio de los signos la misma relación de representación que es la ley esencial interna de todos los objetos de nuestro pensar. Ahora bien, esta aplicación de los signos a las ideas, tal como Leibniz la concibe, es función exclusiva de la "ratio" humana, que de este modo encuentra el campo de acción necesario para concebir y expresar su propio ser de una manera completamente independiente; el desarrollo de un sistema tal de signos, pues, aparece como tarea de la libre razón humana, como un arte: "Dieser Moment der Freiheit und der Selbsttätigkeit menschlicher Vernunft ist aber der wesentliche Schritt, den Leibniz über die alte Lehre der Zeichen und Symbole hinaus tut. In ihm vollzieht er die innere Einigung der neuen Anschauungen von der Autonomie der menschlichen Vernunft mit dem Metaphysischen Grund, aus dem sie sich herauslösen; dem ursprünglichen Abbildsein der Vernunft von Gott"⁴⁵.

⁴⁴ G. F., VII, 204.

⁴⁵ MATZAT, L., *Untersuchungen über die metaphysischen Grundlagen der Leibnizische Zeichenkunst*, Berlín, 1938, pág. 46.

Ahora bien, este arte de los signos y la ciencia metafísica deben encontrarse en clara relación de dependencia mutua, puesto que el arte ha de representar precisamente lo que la ciencia obtiene como verdadero; sólo entonces podrán ser constituidas también las relaciones de los signos entre sí, con seguridad y sin errores. Libertad y necesidad están, pues, profundamente entrelazadas en el pensar humano y lo condicionan doblemente.

Hemos llegado a un punto en el que parece estar ya todo dicho sobre la relación de los signos con las ideas y las cosas mismas, los tres niveles de la semántica leibniziana: simplemente, las ideas son representación, imagen exacta de las cosas, y el "ars characteristic", por otra parte, ha de cuidar de que los signos sean también imagen exacta de las ideas. Pero el análisis leibniziano continúa, de una manera totalmente consecuente con los principios de su teoría del conocimiento, con una caracterización todavía más cercana de las funciones de los signos en el pensar humano.

Considerando los signos desde el punto de vista doble de la libertad de su constitución y de su necesaria adecuación a la "scientia metaphysica", ha llegado el momento, pues, de constituir un arte de los signos que posibilite una óptima reproducción de la "repraesentatio metaphysica". Leibniz hace una lista de todos los signos ya utilizados, es decir, toda clase de nombres, palabras en general, todo aquello con lo que significamos una cosa: "Signorum igitur numero comprehendo vocabula, literas, figuras chemicas, Astronomicas, chinenses, Hieroglyphicas, arithmeticas, notas Musicas, Stenographicas, arithmeticas, algebraicas aliasque omnis quibus inter cogitandum pro rebus utimur"⁴⁶. Todos estos signos han de ser valorados según la ley de la adecuación a la representación metafísica o, con la formulación leibniziana: "Porro tanto utiliora sunt signa, quanto magis notionem rei significatae exprimunt, ita ut non tantum repraesentationi, sed et ratiocinationi inservire possint"⁴⁷. Nos encontramos, pues, con dos elementos completamente nuevos: ya no se trata de las ideas de las cosas, sino que es la noción la que ha de ser expresada por los signos en este nuevo nivel de la teoría. Y, por otra parte, esta expresión ya no consiste simplemente en la "repraesentationem"

⁴⁶ G. F., VII, 204.

⁴⁷ *Ibid.*

tatio”, como hemos visto hasta ahora; desde este momento de la introducción de las nociones, los signos han de ser también útiles para la “ratiocinatio”. Veamos detenidamente cuál es el alcance de estas nuevas nociones en la teoría general de los signos.

Hemos partido del principio de que los signos son utilizados en el pensamiento en lugar de las ideas de las cosas, aunque sólo en la medida en que éstas, como ideas divinas, son accesibles al pensamiento finito. “Die Ideen sind die letzten Möglichkeiten aller endlichen Seinserkennntnis, der weiteste Horizont, in dem ein endliches Wesen überhaupt zu denken vermag”⁴⁸. Este horizonte constituido por las ideas sobrepasa con mucho la medida del saber que poseemos actualmente, y constituye el campo de acción en el que nuestro entendimiento finito pone en juego su libertad de desarrollar y perfeccionar su saber o no. “Quand il s’agit de l’exactitude des vérités métaphysiques, il est important de reconnoistre l’étendue et l’indépendance de nostre âme, qui va infiniment plus loin que le vulgaire ne pense, quoyque dans l’usage ordinaire de la vie on ne luy attribue que ce dont on s’aperçoit plus manifestement et ce qui nous appartient d’une manière particulière, car il n’y sert de rien d’aller plus avant. Il seroit bon cependant de choisir des termes propres à l’un et à l’autre sens pour éviter l’équivocation. Ainsi ces expressions qui sont dans nostre âme, soit qu’on les conçoive ou non, peuvent estre appellées idées, mais celles qu’on conçoit ou forme, se peuvent dire notions, conceptus”⁴⁹.

La noción, pues, incluye la concepción de una idea, o, lo que es lo mismo, la “formación” de esa idea. Formación y representación son las características de una idea actualmente concebida, o noción. En un breve fragmento, “Quid sit idea”, describe Leibniz detalladamente la mutua relación de estos dos caracteres de la noción: después de haber caracterizado el ser de la idea como “*facultas cogitandi*”, continúa: “*Est tamen et in hoc difficultas quaedam, habemus enim facultatem remotam cogitandi de omnibus, etiam quorum ideas forte non habemus, quia facultatem habemus eas recipiendi; idea ergo postulat propinquam quandam cogitandi de re facultatem sive facillitatem*”⁵⁰. Antes de analizar más detenidamente esta “*facultas propinqua*” exigida por la idea

⁴⁸ MATZAT, L., *op. cit.*, pág. 47.

⁴⁹ *Discours de métaphysique*, par. 26. G. F., VII, 452.

⁵⁰ G. F., VII, 263.

hemos de poner de relieve que una tal facultad supone las ideas ya “ocultas” en el entendimiento y su función será únicamente el sacarlas a la luz, ponerlas en claro: “Sed ne hoc quidem sufficit, nam qui methodum habet quam si sequatur ad rem pervenire possit, non ideo habet ejus ideam”⁵¹. “Necesse est ergo esse aliquid in me, quod non tantum ad rem ducat, sed etiam rem exprimat”⁵².

“Ad rem ducere” y “rem exprimere” son, pues, las dos funciones que caracterizan nuestro pensamiento. La idea como tal, es decir, por sí misma oculta en principio en el horizonte de nuestro pensamiento, exige una facultad suplementaria que la “desvele”, que la saque de su “Verborgtheit”; y esta facultad es el “ratiocinari”, que, de acuerdo con su función, es interpretado como un “notiones formare” y, consecuentemente, como un “ad rem ducere”. Si preguntamos ahora cuáles son los medios que posibilitan este “conducir-a-las-cosas”, nos encontramos precisamente con lo que constituía nuestro punto de partida, los signos, que expresan las nociones. En esta función expresiva de las nociones actúan claramente los dos elementos que hemos encontrado como condiciones del ser de los signos: “repraesentatio” y “ratiocinatio”.

* * *

Quizá lo más representativo de toda la teoría semántica leibniziana, de la que hemos intentado dar una visión de conjunto, sea esa específica relación de los signos con las ideas —o, en el segundo nivel, los conceptos— y con las cosas mismas. En este sentido, Leibniz adopta una postura moderna con respecto a la teoría escolástica de los signos, en la que la función de representación era atribuida fundamentalmente a los conceptos.

“Leibniz kennt also nebem und als verschieden vom Begriff des Zeichens den Begriff der Repraesentatio in der Seele. Das Zeichen ist bei ihm gegenüber der Repraesentatio bereits wesentlich mit einem Sinnesdatum verknüpft ganz im Gegensatz zum Zeichen der Scholastik, für die etwa der Begriff das Zeichen par excellence ist”⁵³.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*

⁵³ SCHNELLE, H., *op. cit.*, pág. 25.

Pero, por otra parte, esta semántica tripolar leibniziana no ha dado todavía el paso radical hacia la modernidad, que hubiera posibilitado la construcción de un sistema formal; en contraste con la actual filosofía analítica del lenguaje, que ordena directa e inmediatamente a los signos entidades de la realidad, la semántica leibniziana supone una atribución mediata, a través del nivel medio de los conceptos, de los signos a las cosas mismas:

“Die Zuordnungen würden bei ihm (Leibniz) aber... primär zwischen Zeichen und Begriffe oder Gedanken und erst mittelbar zwischen Zeichen und Dinge bestehen. Leibniz denkt deutlich in einer dreistelligen Semantik. Russell dagegen untersucht in seiner Analyse tatsächlich bestehende Sachverhalte und ordnet so den Zeichen Entitäten der Wirklichkeit zu”⁵⁴.

4. Aspecto sintáctico

El planteamiento y la terminología que hemos elegido para la descripción de la teoría leibniziana alcanzan en este tercer punto su máximo nivel de problematicidad. En efecto, de una sintaxis “pura”, es decir, no gramatical, sólo se puede hablar con rigor dentro de los límites de un sistema estrictamente formal: se trata del nivel más alto de abstracción en el proceso constructivo de los lenguajes científicos, en el que se abandona no sólo la consideración del “hablante”, sino también la de los “designata”, de los significados y aplicaciones de los signos, para ocuparse únicamente de la estructura interna de las expresiones. Ahora bien, como ya hemos indicado en la introducción, la pregunta sobre si la Lengua Universal de Leibniz puede ser considerada como un sistema formal es precisamente la que queremos responder con el conjunto de nuestro estudio.

La posibilidad de la articulación de las ciencias particulares en un todo unitario y sistemático es una idea que ocupó el pensamiento de Leibniz durante toda su vida. Esta unificación había de ser realizada en una Enciclopedia, ya presente como proyecto en los primeros escritos del joven Leibniz, que abarcaría la totalidad del saber alcanzado por los

⁵⁴ KUENG, G., *op. cit.*, págs. 24-25.

hombres en todos los niveles y terrenos ordenándolo y unificándolo y, por otra parte, posibilitaría nuevos descubrimientos mediante su ordenación y método. En el curso de nuestro estudio nos hemos encontrado ya con formulaciones parecidas del proyecto leibniziano, pero referidas, según los casos, a la lengua universal o a la característica. En realidad, todos estos proyectos de Leibniz están íntimamente vinculados entre sí, y es realmente difícil establecer fronteras determinadas, sobre todo debido a las vacilaciones, incluso contradicciones, terminológicas de los escritos leibnizianos que, por otra parte, inducen a pensar que ni siquiera el mismo Leibniz tenía una concepción verdaderamente clara y definida de la interdependencia de todos sus proyectos conducentes a un saber universal unificador de todas las ciencias, más aún, de todo tipo de conocimientos, tanto necesarios como contingentes.

Para nuestro intento de estudiar un pretendido aspecto sintáctico de la lengua universal, es condición indispensable el hacernos con una idea, más o menos clara, de su alcance y de sus fronteras dentro del complicado conjunto de los proyectos leibnizianos de unificación del saber. Dejando a un lado en principio todo intento de sistematización u ordenación, presentamos a continuación una lista de las expresiones más frecuentemente utilizadas por Leibniz para denominar sus trabajos y proyectos en este terreno:

- Encyclopædia Universalis.
- Scientia Generalis.
- Ars Combinatoria.
- Calculus Universalis.
- Speciosa Generalis.
- Lingua Universalis.
- Calculus Ratiocinator.
- Ars Characteristica (Universalis).
- Grammatica Rationalis.

Calculus universalis, *speciosa generalis*, *calculus ratiocinator* y *ars combinatoria* son denominaciones utilizadas por Leibniz en épocas determinadas de su vida filosófica con un significado común: cálculos rigurosamente formales, de inspiración matemática, pero aplicables no sólo en la Matemática, sino en todas partes “wo die betreffenden Ge-

setze der Kombinationen bestehen”⁵⁵. Precisamente sobre la base de estos cálculos, de caracteres verdaderamente formales, ha sido interpretado Leibniz repetidamente como fundador de la moderna Lógica matemática. De las propiedades de estos cálculos, aunque de una manera mucho más problemática, participa la característica que, por otra parte, puede ser considerada como la parte semántica de la teoría de la lengua universal.

La Enciclopedia es, quizá, la más clara de todas estas expresiones, utilizada siempre unívocamente significando el sistema ideal que ha de contener unificada y sistemáticamente todo saber posible.

La *scientia generalis* es identificada expresamente por Leibniz con la Lógica como “organon” de las ciencias⁵⁶. El programa científico de Leibniz incluye desde los tiempos juveniles la idea de la conversión de la Lógica en una ciencia exacta que ha de contener no sólo el “ars iudicandi”, sino también el “ars inveniendi”, condición del progreso de las ciencias. Estrechamente relacionada con este proyecto de perfeccionamiento de la Lógica está la característica, que ha de posibilitar la exacta expresión y un tratamiento por medio de cálculos de todos los conceptos y expresiones.

La gramática racional o filosófica es una denominación que ya hemos tratado ampliamente y cuya problematicidad es sólo relativa. Nos queda, por último, solamente el objeto de nuestro estudio, la lengua universal. Se trata, quizá, de la más complicada de todas las denominaciones, debido, fundamentalmente, a su carácter híbrido, de transición, que convierte en una tarea realmente difícil la delimitación de sus fronteras con respecto, sobre todo, a la característica y a los cálculos formales. En efecto, en la lengua universal se entrecruzan e influyen mutuamente la concepción leibniziana de una lengua conversacional, hablada, que ya hemos estudiado, y la idea de los cálculos aplicables a los signos constituidos por la característica en un nivel absolutamente formal, que abandona la consideración de las significaciones o posibles aplicaciones de los signos y fórmulas.

Nuestro problema, pues, de averiguar hasta qué punto se puede hablar de una pura sintaxis en la lengua universal leibniziana se plantea

⁵⁵ KAUPPI, Raili, *Ueber die leibnizsche Logik*, en “Acta Philosophica Fennica”, XII, Helsinki, 1960.

⁵⁶ “Logica est scientia generalis”, COUTURAT, *O. F. I.*, pág. 557.

ahora de una manera más concreta: en qué medida prevalece la idea original de Leibniz de una lengua, lógica y racional, desde luego, pero reducida a una función puramente auxiliar en la consecución de la clara expresión de los conocimientos, y en qué medida se impone la concepción posterior, base de los trabajos que han hecho de Leibniz el precursor de todos los modernos formalismos, la del "calculus" de modelo matemático, en el que tanto los objetos del pensamiento como los del lenguaje se convierten en indiferentes. Leibniz nos da una clara respuesta en un fragmento que ofrece una prueba de la lengua universal aplicada a la Geometría⁵⁷. En primer lugar advierte que empleará las flexiones, las partículas y las construcciones del Latín, y se limitará a inventar nombres nuevos para expresar la generación de las figuras, es decir, su construcción y definición. Y está tan lejos de concebir esta lengua como un cálculo que declara expresamente: "Nihil autem calculi hic miscebo"⁵⁸. Leibniz espera poder efectuar todos los razonamientos sin figuras ni cálculos, únicamente por medio del encadenamiento de los conceptos y de las palabras correspondientes.

Parece, pues, estar claro que la lengua universal no tiene ningún punto de contacto con el formalismo de los cálculos que Leibniz desarrolla paralela e independientemente y —por otra parte— con mucho más éxito. Ahora bien, ¿cómo compaginar esta última afirmación con la que más arriba hemos dicho sobre las funciones de la lengua universal? Ésta no se limita, en efecto, a la pura función representativa, sino que también ha de servir para la consecución de nuevos conocimientos. Y para ello se necesita del cálculo. El mismo Leibniz hace observaciones bien claras en este sentido, por ejemplo en el mismo fragmento que nos ha servido de base para el estudio de la semántica, en donde hace constar la necesidad de continuar la constitución de ese "arte" de los signos utilizando, de acuerdo con el modelo matemático, un cálculo que convierte en indiferente la clase de signos que se utilice así como, naturalmente, su significación o sus posibles aplicaciones⁵⁹.

¿Cuál es, pues, la auténtica concepción leibniziana de la lengua universal? ¿Dónde radica la causa de esta evidente fluctuación que hace

⁵⁷ *Linguae philosophicae specimen in Geometria edendum*, G. F., VI, páginas 10 ss.

⁵⁸ *Id.*, pág. 10.

⁵⁹ G. F., VII, 205.

de ella unas veces un simple instrumento, más o menos pragmático, auxiliar para la obtención de una representación clara de los conocimientos, y otras veces la eleva al nivel de una auténtica teoría semiótica, cuyo último y más alto nivel, la sintaxis, es concebido como un cálculo rigurosamente formal de modelo matemático?

He aquí, pues, la cuestión fundamental, cuya respuesta radica, como ya hemos señalado, en el carácter híbrido que diferencia claramente a la lengua universal de los cálculos lógicos. En la lengua universal se cruzan e influyen mutuamente no sólo las dos concepciones leibnizianas de una lengua conversacional y de un cálculo formal, sino también, en un nivel más profundo, los elementos tradicionales, de los que todavía depende en gran medida la filosofía leibniziana, y la concepción radicalmente nueva, que inicia una nueva época de la historia del pensamiento, aunque sus consecuencias hayan tardado más de dos siglos en manifestarse en toda su fuerza. Ambos elementos se combinan y entrecruzan dialécticamente, precisamente en el campo de la lengua universal, que, como consecuencia, no pierde nunca, a través de todo el desarrollo del sistema leibniziano, su carácter de, por decirlo así, campo de batalla, manifestado en las constantes vacilaciones y en la provisionalidad de los esbozos y muestras, casi todos rechazados por el mismo Leibniz, poco después de haberlos escrito, como inadecuados o insuficientes.

Veamos más de cerca cuáles son los elementos nuevos y tradicionales que juegan dialécticamente en la concepción de la lengua universal. En los textos leibnizianos sobre la temática está patente, como ya hemos indicado, una clara desproporción entre el escaso número de pruebas "constructivas" y la abundancia de observaciones teóricas sobre las funciones y propiedades de la lengua proyectada. Pero se trata no sólo de una desproporción numérica: el aspecto fundamental, en efecto, el punto de vista desde el que casi siempre es considerado el proyecto de construcción de una lengua universal es el semántico, el de la función representativa de los signos que, de una manera muy característica, se extiende también a los cálculos aplicables a esos signos.

La representación a realizar por los signos estaba condicionada, como hemos visto, por la originaria "representación metafísica". Los signos son modelos artificiales que representan la estructura de las cosas reales, tal como esa estructura es expresada en nuestras ideas, de una

manera tan clara y simple que las cualidades de las cosas reales pueden ser deducidas de las cualidades de sus modelos signícos. Como consecuencia, es claro que la construcción de los signos ha de adecuarse a la estructura esencial de las cosas reales.

“Der künstlichen Konstruktion der Zeichenmodelle hat also stets eine metaphysische Besinnung voranzugehen. Die metaphysische Besinnung aber bringt uns am Anfang und Ausgang unserer Zeichenkunst vor die Frage: Was ist das erste, einfachste, primitivste Seiende, sodass es als Bezeichnungsgrundlage gelten muss”⁶⁰. La teoría de los signos ha pasado a ser la teoría del ser y, desde este momento, la construcción del sistema de signos proyectado será exactamente paralela a la *Monadología*.

El primer problema que se plantea, como señala Matzat, es el de encontrar el primero, el más simple y el más primitivo de los seres que, en el nivel de los signos, sirva de fundamento a la representación. La respuesta metafísica es la mónada, “qui n'est autre chose qu'une substance simple, qui entre dans les composés; simple, c'est à dire, sans parties”⁶¹. “Et les monades sont les véritables atomes de la nature et en un mot les Éléments des choses”⁶². Por lo que a los signos se refiere, “Leibniz war davon überzeugt, dass jeder Sachverhalt sich letztlich in einer Aussage sich beschreiben, analysieren lassen sollte, welche schliesslich nur noch Grundzeichen enthalte, von denen jedes eine bestimmte einfache Entität benenne”⁶³.

El segundo de los problemas fundamentales de la *Monadología*⁶⁴ es el de la consecución de la multiplicidad a partir de la originaria unidad del ser. No nos detendremos aquí en el análisis del proceso de la “constitución” de la multiplicidad de la *Monadología*; únicamente nos interesa retener un punto fundamental: “Il n'y a pas moyen d'expliquer, comment une Monade puisse aussi estre alterée ou changée dans son intérieur par quelque autre créature...”⁶⁵, por lo cual la multiplici-

⁶⁰ MATZAT, L., *op. cit.*, pág. 67.

⁶¹ *Monadologie*, I, G. F., VI, 607.

⁶² *Ibid.*

⁶³ KUENG, G., *op. cit.*, pág. 59. Russell adoptó esta postura base leibniziana como principio de su análisis lógico del lenguaje, denominándola “atomismo lógico”.

⁶⁴ Tratado a partir del párrafo 7.

⁶⁵ *Monadologie*, 7, G. F., VI, 607.

dad ha de ser ganada desde la mónada misma, puesto que no existe ninguna posibilidad de que sea alterada desde fuera de ella. Con los signos sucede exactamente lo mismo: en los signos fundamentales ha de estar contenida la posibilidad de la composición de todos los demás signos o fórmulas. Los principios de composición no pueden venir de fuera, de un cálculo construido independientemente, y ésta es precisamente la dificultad fundamental que, a fin de cuentas, hará fracasar la teoría leibniziana de la lengua universal.

Resulta claro, pues, que debido a la concepción semántica de la doble representación —la semántica leibniziana, como ya hemos señalado, es “trivalente”— es la metafísica la que determina la formación y los principios constructivos del sistema de signos para la representación del saber científico. Pero no por ello podemos dejar de lado el otro elemento que ha de estar presente en la construcción de la lengua universal: los cálculos formales de modelo matemático, para los que Leibniz utilizó incluso variables de conceptos, es decir, las “Leerstellen” de los actuales cálculos, que han de ser “rellenadas” con los contenidos de los conceptos. Con esta base, es difícil imaginarse de qué manera los teoremas lógicos universalmente válidos, obtenidos deductivamente por Leibniz mediante estos cálculos formales, han de ser también deducibles a partir de los elementos semántico-metafísicos de la lengua universal. Y, sin embargo, estos teoremas de validez universal son precisamente, según Leibniz, las reglas generales de transformación que han de ser aplicadas en las operaciones con los caracteres ya conformados según los principios semántico-metafísicos. En la formación y composición de estos caracteres, sin embargo, no pueden ser aplicadas estas reglas de transformación.

La teoría leibniziana, pues, establece una “tabla de signos” en el nivel semántico, y posee también un instrumento de carácter plenamente formal en el nivel sintáctico, el cálculo de inspiración lógico-matemática. La diferencia con un sistema formal en el sentido moderno de la denominación es que la lengua universal leibniziana carece de una tabla de signos también en el nivel sintáctico, lo que obliga a la aplicación directa —e incorrecta, desde el punto de vista de la Semiótica— de las reglas de composición y combinación de las sintaxis a los signos constituidos únicamente en el nivel semántico. Aquí radica, en realidad, el

fracaso del proyecto leibniziano: los signos compuestos del sistema de la lengua leibniziana deben ser deducibles a partir de los "Grundcharakteren", es decir, su composición debe ser posible sin tener en cuenta los conceptos por ellos representados. Pero la "combinabilidad" de los signos fundamentales no se deja deducir a partir únicamente de los principios semánticos de la lengua universal o, lo que es igual en este caso, de la característica. Por ello, si se quiere expresar, a su vez, la combinabilidad de los conceptos simples expresados por los signos fundamentales, es preciso conocer previamente la com-posibilidad de estos primeros conceptos. Ahora bien, como consecuencia de lo dicho en primer lugar, todas las fórmulas o combinaciones de signos deducibles a partir de los caracteres fundamentales deberían poder ser formadas también sin tener en cuenta los conceptos complejos por ellas significados. De este modo sería posible, en principio, conocer, al mismo tiempo que los caracteres simples, todas las fórmulas que con ellos se pudiesen constituir. Pero esto significa que habría que conocer no sólo la com-posibilidad de los conceptos simples, sino también la de todas sus determinaciones posibles; en general, toda com-posibilidad entre conceptos tendría que estar indicada ya en los caracteres fundamentales, cuya constitución supone, pues, el conocimiento de todo el sistema de las verdades necesarias; la lengua universal sería, en todo caso, la representación simbólica de un conocimiento conseguido ya por otro camino, cuando en realidad era ella la que debía posibilitar la consecución de ese conocimiento. En fin, la concepción leibniziana de la lengua universal conduce, pues, a una "petitio principii" en cuanto que se ve obligada a suponer conseguido precisamente aquello cuyo alcance ella misma debería posibilitar.

Hemos llegado, pues, al punto en el que podemos establecer con claridad cuál es la clave de las modernizaciones excesivas de la lengua universal de Leibniz. En todas las interpretaciones que ven en ella un sistema formal, en el que el cálculo lógico-matemático es utilizado como un instrumento sintáctico, se ha pasado por alto el aspecto semántico-metafísico que neutraliza, por decirlo así, la influencia de la otra cara, la formalizante, del pensamiento leibniziano. Como dice Matzat, al final de su estudio, y pecando quizá por el otro extremo, "Zu Unrecht also beruft sich die heutige formale Syllogistik, wie überhaupt alle 'exakte' Wissenschaft in dem von uns abgegrenzten Sinne, auf Leibniz als einen

ihrer Begruender. Allerdings kann auch ein Zusammenhang nicht abgeleugnet werden. Leibniz hat —un zwar auf Grund seines methaphysischen Ansatzes— einen grossen Teil der Methoden entdeckt, die uns von ihrem metaphysischen und weltanschaulichen Grunde losgeloest zum reinen Handwerkszeug der sogenannten exakten Forschung geworden sind. Wie weit sie mit dieser Abloesung aber auch ihren Sinn fuer das eigentliche Wohl und dar wahre Wissen des Menschen verloren haben, ist eine Frage, die hier nur einmal gestellt werden soll”⁶⁶ *.

ÁNGEL CURRÁS RÁBADE

⁶⁶ MATZAT, L., *op. cit.*, pág. 185.

* Las abreviaciones usadas en las citas son:

- G. F.: Escritos filosóficos de Leibniz publicados por Gerhardt, *G. W. Leibnizens Philosophische Schriften*, Berlin, 1873.
- O. P. I.: COUTURAT, *Opuscules et fragments inédits*, Hildesheim, 1966. Los *Nuevos Ensayos* han sido citados únicamente con la indicación referente a libro, capítulo y párrafo, por imposibilidad de manejar el volumen de la edición de Gerhardt.